

XVI

¡Qué periódicos los de América!... ¡Con decir á ustedes que suelen ser casi tan malos como las revistas!...

Por cualquier plana que se los mire, aunque sea por la de los anuncios, se los ve siempre llenos de versos naturalmente criminales, sin que las prosas sean mucho mejores.

Y luego... ¡saber que saben aquellos periodistas!...

Es decir, saber, á lo mejor no saben nada; pero escriben de todo, de todo absolutamente.

Lo que es cuando son protestantes no hay coto ni valla que los detenga.

En un periódico de San José de Costa-Rica, que se llama *El Pabellón liberal*, me encontré una vez con que un tal *Gustavo Adolfo* escribía un artículo sobre asuntos de religión con el solemne título de *Polé-*

mica, debajo del cual se leía este otro rengloncito entre paréntesis: *urbis et orbe*.

¡Bien hecho! dije para mí.

¿Por qué había de ser la gramática latina más privilegiada que la Religión católica?

De protestar, se protesta contra todo: se protesta, es decir, se disparata, no sólo contra la Religión, sino también contra el latín y contra el castellano.

¡*Urbis et orbe!* ¡Un genitivo y un ablativo, casados civilmente por medio de una sencilla conjunción copulativa!

El hombre, ó mejor dicho, el protestante, se conoce que había oído algo así como *urbi et orbi*, y no lo había entendido, y lo quiso repetir sin entenderlo.

Mas lo gracioso del caso es que quien comienza su escrito estampando tan enorme disparate, discute luego largo y tendido contra un sacerdote y pone las peras á cuarto á la Iglesia infalible.

Y vayan ustedes á meter en la cabeza á este pobre diablo la necesidad de asistir á las aulas de un Seminario, ó cuando menos á una escuela de primeras letras y á un estudio de latín antes de ponerse á discutir en los periódicos sobre teología...

¡Quiá!... ¡Imposible!

Porque lo que él dirá seguramente. Pues si hay necesidad de estudiar para dis-

cutir esas cosas, ¿de qué sirve entonces el libre examen?...

Después de afirmar que hay un proverbio que dice que «el pintar es como querer», se mete el hombre en teologías y combate como absurda esta proposición católica: «Cuando falta la intención en el bautizante, no hay verdadero sacramento.»

¿Que cómo la combate?...

¡Toma! Pues diciendo perrerías de los curas; diciendo que los curas mienten, odian, se embriagan, etc., etc., y añadiendo muy serio:

«Yo, protestante, me considero válidamente bautizado... Pero los católicos no pueden considerarse válidamente bautizados, porque...» como los curas son todos tan malos y tan bribones, nunca tienen intención de bautizar cuando bautizan.

Esto último no lo dice Gustavo así *in terminis*; pero lo da á entender.

Y no entendiéndolo así, no sale el argumento.

Verdad es que el argumento de todas maneras es falso.

Como lo son todos los que emplea Gustavo en el resto de su artículo para negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y el Sacramento de la Extremaunción, y todo lo que le da la gana.

Pero ¡quítenle ustedes la gloria de haber escrito *urbis et orbe!*

Se me dirá que parecidos disparates se publican en revistas y periódicos de España, y aun se me citará el ejemplo reciente de Doña Emilia Pardo Bazán, que acaba de matar una garduña al vuelo en el *Blanco y Negro*, y aun después de muerta se ensaña en describirla diciendo que medía tres cuartas de una punta á otra *de las alas*.

Pero el caso de Doña Emilia Pardo Bazán no vale para formar regla, porque tan ignorante como esta buena señora no hay nadie en España.

Ni aun en la Academia.

Ni Balaguer mismo.

Pues si bien éste dotó de plumas á la gacela, al fin la gacela es un bicho exótico, y el desconocer su forma, cualidades y circunstancias no es tan grave, ni con mucho, como el creer que vuela la garduña, que vive entre nosotros.

Pero nada: Doña Emilia se conoce que había oído decir que la garduña persigue á las gallinas y á las palomas, y sin saber más, fué y se inhibió como acostumbra, y nos la hizo *ave de rapiña*...

¡Pobre Doña Emilia! Ella que se reía tanto cuando yo la dije que un vate americano hacía rumiarse á una yegua... ¡Cuánto más de reír es el hacer volar á la garduña!...

Por lo que toca á los librepensadores, verdad es también que los de por acá disparatan lo mismo que los de cualquier otra parte del mundo.

Pero tenemos la ventaja de que acá, en España, los librepensadores no son más que cuatro gatos.

Y los gatos me perdonen la frase.

Ellos, no los gatos, sino los librepensadores, á veces alardean de ser muchos y de llevar muy bien sus cosas; pero á lo mejor se les escapa la verdad, para ellos amarga, de su pequeñez y aislamiento.

Hace unos meses decía fanfarroneando Demófilo en *Las Dominicales*:

«Nuestra obra está hecha. España entera es anticlerical.»

Pero en seguida vino á desmentirle un hecho elocuente.

Fué el caso que otro de los que *piensan* libremente, el director de *El Motín*, había impreso un libro de propaganda impía tomando el papel fiado.

Como nadie compraba el libro, ni después de rebajarle de precio dos ó tres veces, *El Motín* no tenía dinero para pagar el papel, y el almacenista que lo había dado fiado llegó á embargar los muebles al director de *El Motín*.

Al saber esto Demófilo, el de *Las Dominicales*, trató de abrir una suscripción entre

los suyos para desatollar á *El Motín* pagándole la deuda.

Pero al director de *El Motín* no le pareció bien lo de la suscripción porque tenía carácter de limosna, y dijo que era mejor que los co-irreligionarios que quisieran favorecerle lo hicieran suscribiéndose á *El Motín*, que tenía *muy poca suscripción*, ó comprando el libro al precio bajo, ya que no habían querido comprarle al alto.

Y en la misma carta en que el director de *El Motín* decía esto, confesaba que «cuando con más entereza combatía al clericalismo (léase catolicismo), más bajaba la suscripción del periódico.»

Naturalmente. Porque la fanfarronada de Demófilo era una mentira como una loma.

Y añadía el director de *El Motín*:

«Estamos más solos de lo que creemos, amigo Lozano.»

Afortunadamente.

¡Ah! También añadía el demócrata director de *El Motín*: «Aunque me revienta la vida modesta...»

Sí, á todos los demócratas les pasa lo mismo. Les revienta la vida modesta, y para salir de ella predicán la democracia... á los demás.

Pero vamos al grano... literario, y quédese la paja librepensadora para sus naturales consumidores.

Decía que siempre se encuentran versos en los periódicos de América, y, efectivamente, en uno de ellos he encontrado un soneto de autor boliviano, de D. Ricardo J. Bustamante.

El soneto se titula *San Martín*; pero no crean ustedes que es santo, ni bueno si quiera.

Siempre se ha dicho: detrás de la cruz, el diablo. Y aquí, porque el dicho no quiebre, detrás ó debajo del santo título *San Martín*, hay un soneto *non sancto* ó endiablado del todo.

Verán ustedes:

«Cuál contempla con pasmo el *caminante*
De los nevados *Andes*...» la asonancia...

No: el vate no dijo así; dijo la eminencia. Pero yo equivoqué el vocablo pensando en la asonancia fastidiosa de los Andes con el *caminante*.

«Cual contempla con pasmo el *caminante*
De los nevados Andes la eminencia,
Viéndose tan pequeño á la... *prosencia*...».

Tampoco dice así el vate: dice á la presencia.

Pero yo dije, sin querer, *prosencia*, pen-

sando en la prosa pura de los tres primeros versos.

Porque realmente no hay en ellos más que prosa... y algún ripio que otro, como, verbigracia, el *con pasmo* con que el caminante contempla, y lo *nevados* que están los Andes...

Fuera de estos ripios, todo es prosa corriente.

Y sigue corriendo:

«Cual contempla *con pasmo* el caminante
De los *nevados* Andes la eminencia,
Viéndose tan pequeño á la presencia
De aquellas cumbres de *perfil radiante*.»

Sigue la prosa, como ustedes ven, y siguen los ripios.

Porque ese *perfil radiante* con que el vate adorna *aquellas* cumbres, me parece que no es otra cosa.

Vamos á ver el sujeto de la comparación ó á ver qué *tal* sigue el soneto.

Porque ese *cual* de arriba parece que está pidiendo un *tal* ó algo parecido.

«*Tal* yo...»

Efectivamente: ya está aquí el *tal*, y el *tal* es el vate mismo, á lo que es cuenta.

«*Tal* yo me siento cuando estoy delante...»

¡Ah! Usted se sienta cuando está delante...

Pues hace usted mal, me parece...

Digo, según delante de quien esté; pero si está usted delante de señoras ó de personas mayores ó constituídas en dignidad, hace usted mal en sentarse hasta que no le den permiso para ello...

«*Tal* yo me siento cuando estoy delante
Del hombre que dió á Chile independencia.»
(*Siéntese usted, señor de Bustamante*.)

Sí, ahora se puede usted sentar. Estando delante de un libertador de esos de ustedes, pues por lo visto ese *San Martín* no es ningún santo del cielo, sino un libertadorcillo, que lo mismo que se llama *San Martín* se podía llamar *Martín* á secas, que es como llaman en tierra de León á los zorros; estando delante de un libertadorcillo de esos se puede usted sentar.

Y esperar sentado á la inspiración, que ni viene ni asoma.

«*Tal* yo me siento cuando estoy delante
Del hombre que dió á Chile independencia,
Y á quien *ante los siglos* reverencia
Dará la historia en *pedestral* gigante.»

No dice *pedestral* el vate, sino *pedestal*.

Mas como yo estaba pensando en lo pedestre que va siendo el soneto, se me escapó el *pedestral* sin dar cuenta.

Porque ¡cuidado que es pedestre de veras el soneto!

A lo menos lo que de él conocen ustedes hasta ahora...

«Tal yo me siento cuando estoy delante
Del hombre que dió á Chile independenciam...»

Y así prosáica y sucesivamente...

Bien culpable sería el tal *San Martín* no santo; pero bien cara está pagando su ingratitud á la madre patria con tener que sufrir sonetos de esos.

Porque claro es que si no se hubiera rebelado y hubiera muerto español y su sepultura estuviera todavía protegida por la gloriosa bandera española, probablemente nadie se atrevería á ir á importunarle con majaderías, digo, con sonetos de esa índole.

Vamos á ver cómo son los tercetos:

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco...»

(¡Ay, ay, ay! ¡qué nombrucol
Una victoria de esas ni da gloria.)

Chaca-buco... Chacabuco...

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco los... *peleles*...»

No, no es así. El vate dice los laureles; pero como ese *Maipo* y ese *Chacabuco* me hacen el efecto de dos motes puestos á dos peleles de los que se hacen acá por Antruído, de ahí que la pluma, obediente á la idea, escribiera *peleles* en lugar de laureles...

Adelante:

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco...»

Las cuales probablemente serían dos victorias, ó á lo menos por tales las tendrá el versificador; pero la tiranía del consonante le ha obligado á suprimir una.

Más vale.

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco los laureles;
También le cupo...»

También le cupo, ¿eh?... Sí le cabría... todo lo que á usted se le antoje. Pero en cambio á usted no le cabe la poesía en la cabeza.

Veamos qué le cupo á *San Martín* el *non sancto*.

«También le cupo *la brillante gloria*
De lanzar *el primero* los corceles
Que *condujeron*, Libertad, tu carro...»

¡Adiós mi dinero!... Ahora nos deja en blanco á los lectores y se pone á hablar muy serio con la *libertad*, como si ésta fuera una persona decente...

«También le cupo...»

Es imposible hallar expresiones más prosáicas que las de este vate...

Vale Dios que el asunto no requiere tampoco más poesía... Y emplearla buena sería desperdiciarla.

¡Entusiasmarse con la *libertad* americana y con los libertadores americanos á estas horas!...

Cuando todo el mundo está ya desengañado de esas cosas, hasta los mismos americanos, los que tienen sentido.

En la propia Bolivia ha sido pronunciado, poco hace, un discurso para inaugurar unas veladas literarias ó antiliterarias, que más bien creo yo que serían de esta última clase, donde el disertante ha dicho estas palabras:

«Dejemos esas huecas declamaciones que por vociferadas han llegado á ser ridículas: *las tres centurias de ignominia... la vir-*

gen América palpitando entre las garras del león de Iberia... A España, á esa noble y generosa nación, la debemos nuestra religión santa, nuestra hermosa habla castellana... la debemos nuestra cultura...»

En fin, lo mismo que le decía yo al principio de este libro al Sr. Alfaro, el Oficial mayor en el Ministerio de Gobernación, Policía y Fomento de Costa-Rica.

Pero aquel Sr. Alfaro no lo entendía así, ni este Sr. Bustamante tampoco, y siguen *patrioteriando* como si nada debieran á España y como si todo hubiera sido vida y dulzura desde la independencia...

Vamos á ver si acabamos el soneto.

«Coronaron su frente en la victoria
De Maipo y Chacabuco los laureles;
También le cupo la brillante gloria
De lanzar el primero los corceles
Que *condujeron*, Libertad, tu carro
A *hollar* la tumba del feroz Pizarro.»

¡Vaya una hazaña!... ¡Y vaya una gloria la que *también le cupo* al tal *San Martín*, el *non sancto*!

¡Párecele al vate que es una *brillante gloria* esa de hollar las sepulturas?...

¡Bah! Esa es una hazaña digna solamente de esa *Libertad* á quien el vate canta, que es una grandísima... cualquier cosa;

pero no es hazaña digna de ningún héroe ni de ningún libertador de veras.

¡La tumba de Pizarro, ó del feroz Pizarro, como injustamente llama el vate al ilustre conquistador, se atreverían á hollar ciertos libertadores!

Que lo que es si en lugar de encontrarse con la tumba se hubieran encontrado con Pizarro en persona, no es menester decir lo que hubiera sucedido...

Pero vamos que es falta de numen, y de seso y de juicio; ponerse á escribir un soneto á un *héroe*, ó cosa así, por lo menos en el aprecio del autor, y después de mucho trabajo para ir midiendo prosa y escribiéndola en forma de versos, no ocurrírsele al vate otra hazaña que alabar más que la profanación de una sepultura...

A tales *héroes*, tales cantores.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
I.—(ALFARO).....	5
II.—(CARDONA).....	27
III.—(ECHEVERRÍA).....	45
IV.—(MARTÍN).....	61
V.—(CRUZ).....	71
VI.—(DARÍO).....	83
VII.—(EL MISMO).....	99
VIII.—(PEZA).....	117
IX.—(FACIO).....	135
X.—(GARCÍA).....	159
XI.—(TABLADA).....	171
XII.—(CHARRAS).....	185
XIII.—(OYUELA).....	213
XIV.—(OBLIGADO).....	239
XV.—(EL MISMO).....	255
XVI.—(BUSTAMANTE).....	273